

te, enronquecido ya, sube sobre la mesa y logra hacerse oír breves momentos.

—Señores—dice:—Por la centésima vez en mi vida, presencio este espectáculo, hijo de la misma causa que hoy le ha promovido. Esto me demuestra que los habitantes de este pueblo estamos condenados á sufrir cobardemente, y por los siglos de los siglos, los desafueros de ese mal regato. La comisión, al comprenderlo así también, hace respetuosa renuncia de su cargo y levanta la sesión.

Silbidos, denuestos, un estrépito espantoso y alguna que otra bofetada, fueron el resultado inmediato de esta arenga, y el término de aquella reunión.



### CAPITULO III

**M**IENTRAS tales cosas pasaban en las Casas consistoriales, ocurrían otras de bien distinta naturaleza junto al mismo regato de que se ha tratado, á la escasa sombra que proyectaba el aún no bien formado follaje de dos cortas hileras de chopos, á las cuales se llamaba en la villa la *Alameda Grande*.

Como el día era de trabajo y la hora la menos á propósito para el descanso, eran dueñas absolutas de todo el paseo, para correr por él sin estorbos ni tropiezos, hasta media docena de niñas, de nueve años la más esponjada; todas risueñas, todas ágiles, todas hechiceras, como son todas las niñas á esa edad, cuando no están cohibidas por la opresión del vestido de gala ó de las botitas recién estrenadas.

Tras aquellas niñas tan alegres, que corrían



y gritaban sin cesar un punto, no corría, sino andaba á lentos pasos, mustia y como recelosa, otra niña no menos agraciada y no más entrada en años que ellas. Había, sin embargo, notables diferencias entre una y otras. De éstas, las que no eran rubias eran muy blancas; aquélla era morena. Las que corrían eran ágiles como cabritillas, y al correr parecía que no tocaban el suelo con sus diminutos pies; la que las seguía con la vista, era de formas más abultadas y de movimientos menos suaves y graciosos; y aunque vestía lo mismo que ellas en forma y calidad, en la combinación de los colores y en *el aire* de su vestido, había algo que no era del mejor gusto. Indudablemente aquella niña no pertenecía, como las otras, al *buen tono* de la villa, y por eso no tomaba parte en sus juegos más que con la intención.

He observado muchas veces que las niñas de corta edad son muy exigentes en la elección de amigas, por lo cual difícilmente se familiarizan con las que no sean de su categoría social, ó de otra más alta, si es posible. Los niños son todo lo contrario: parece que tienen á gala asociarse, para sus juegos y empresas, á todo lo más perdido y desarrapado que encuentran en la calle.

La niña rezagada de nuestra historia seguía siempre, y aunque de lejos, las evoluciones

de las que corrían, y frecuentemente, al encontrarse con alguna de ellas, corría también como si se forjara la ilusión de que la perseguían al *escondite*, ó a disputaban el sitio á *las cuatro esquinas*.

Y como estas *libertades* se las había permitido varias veces, en una de ellas la niña con quien tropezó se detuvo jadeante; y echándose atrás los rizos con ambas manos, exclamó en el tono más desdeñoso que pudo:

—¡Qué plaga de moco, hija!... ¡Cómo se agarra!

—Eso es de familia,—dijo otra que se paró á su lado.

—Pues vamos á decirla una fresca—añadió otra;—á ver si se va.

—¡Si yo creo que hasta debe de tener *miseria*, mujer!—apuntó una delgadita como un mimbre, que oscilaba mucho al andar, y se chupaba un dedo en cuanto se paraba.—¡Cómo se *avrasca!*

—Oye, tú—dijo al oído de la anterior, abriendo mucho los ojos y enarcando las cejas, una pequeñuela, muy nerviosa y asombradiza.—¡Si traerá la navaja!

—¿Qué navaja?—preguntó la delgadita, no muy segura de su valor.

—Una muy grandona que tenía en la mano el otro día, á la puerta de su casa.



—¿Y qué nos haría con ella, tú?...

—¡Madre de Dios!... Como estamos aquí solas y en medio de este bosque...

—¿Quieres que nos vayamos á casa?...

—¡Para ella estaba!—dijo con desenvoltura una mayorzuela que había oído estas observaciones.—¡Miedosas, más que miedosas!...

—¡Pues juega tú con ella si no!

—¡Como no juegue yo con ese pendón!... Primero iba y se lo decía á mi papá.

—¿Vamos á buscar el perro que tenemos nosotros en la huerta, y á *hinchársele* aquí mismo?—propuso la miedosa.

—¿Y si se la come toda?

—Que se la coma. Mi papá es alcalde...

—Sí; pero eso lo castiga Dios... y puede que nos caiga algo malo.

—Pues ¿qué hacemos si no?

—Vámonos á aquel rincón, á ver si se queda aquí sola y después se marcha.

Y esto dicho, las vanidosillas fueron desfilando lentamente y mirando hacia atrás con el rabillo del ojo; llegaron á un ángulo de la alameda, y allí se acurrucaron en el suelo, formando estrecho y apretado círculo.

Á todo esto, la pobre desdeñada niña, que había estado observando á las otras durante su breve diálogo, mirando de reojo y mordiéndose las uñas, cuando las vió sentadas se diri-

gió hacia ellas paso á paso, con la cabeza gacha; y al estar á media vara de las desdeñosas, se dejó caer al suelo lentamente y se puso á deshojar las florecillas del césped, sin arrancarlas, flechando ojeadas de través de vez en cuando al grupo, y sorbiendo muy recio el aire con las narices.

—¡Hija, qué peste de chica!—exclamó impaciente la mayorzuela al verla á su lado otra vez.—¡Ni aunque fuera de engrudo!

—¡Así ella se pega!—observó la más cachazuda.

—¡Si el otro día la ví yo limpiarse las narices con la enagua!—dijo muy admirada la delgadita, sonándose las suyas con los dedos.

—¿Vamos á arañarla?—propuso la nerviosa, crispando los suyos.

—Eso no es de tono, hija—respondió la mayor.—Mejor es otra cosa, ahora que me acuerdo.

—¿Qué cosa es?

—Darla mate, para que rabie de envidia.

—Pues empieza tú.

—Verás qué pronto. Amigas de Dios—continuó muy recio, de modo que lo oyera la intrusa:—mi papá vino de las Indias el año pasado... y trajo cinco fragatas cargadas de onzas... y un negrito para que le sirviera el chocolate... y es tan rico, que se cartea con el



rey de las Indias... y á mí me da dos reales cada vez que es su santo... y yo los echo en lo que me da la gana... y tengo tres muñecas de resorte, y un muestrario de botones que le regaló á mamá para mí una modista que quitó la tienda... y tengo dos marmotas de lana para ir al colegio en el invierno... porque yo voy al colegio, y no á la escuela de zurri-burri, como algunas infelices... que yo conozco... y puede que no estén muy lejos de aquí. Yo voy á cumplir siete años; y cuando los cumpla, me dará mamá una pechera de imitación, que ella ya no pone, para hacer unos encajes á la muñeca grande; y un señor que viene á casa, me da dos cuartos todos los domingos; y si yo quisiera, me regalaría una almohadilla de coser, con su llave de oro y su dedal de plata... y... y... (Ahora tú),—dijo á la nerviosa, que la seguía por la derecha; la cual, después de estremercse y de mirar con ojos espantados á la solitaria niña, continuó:

—Pues mi papá es alcalde de toda la villa, y tiene tres casas como tres palacios, y un primo en la corte del rey; y mi mamá tiene una doncella que es hija de condes, y siete vestidos para cada hora que da el reló, y una cadena así, así, así de larga, que le costó un millón á papá cuando estuvo en París de Francia. Y cuando yo sea grande, me comprarán tres ves-

tidos cada mes, y un reló con diamantes y botas á la emperatriz. Yo voy también al colegio con ésta; y en mi casa se come principio todos los días, y los domingos se toma café; y mi papá tiene un perro en la huerta que muerde á las tarascas pegotonas.

—Yo soy hija de juez—dijo la que seguía á la nerviosilla;—y siendo hija de juez, á mi papa le sirven cuatro alguaciles, de levita, y le llaman *usía*; y además le pagan una onza cada día todos los españoles; y cuando va á Madrid, vive en los palacios del rey; y la otra noche me dijo en la mesa que si le tocaba la lotería me iba á comprar una caja de música. Y mi mamá compra los garbanzos por mayor: ayer compró tres libras; y por Navidad nos regalan pavos los señores que van á casa porque tienen pleitos; y yo tengo muchos vestidos, más de tres, y dos pares de botas, con las que tengo puestas y otro par que me harán para San Pedro, si le cae á papá la lotería; y mi papá es tan poderoso, que manda á la cárcel á todo el que quiere, *ú* le manda ahorcar, como ya lo ha hecho otras veces; y si yo le dijera que metiera en la cárcel á una pegotona que yo sé, en seguida la metía.

—Pues en mi casa—continuó la delgadita, dejando de chuparse el dedo,—todo es un puro merengue. Mi mamá no come más que paste-



lillos; mi papá, bizcochos; y yo, jalea; y mi hermana Carmen, suspiros. No queremos puchero, porque no es de tono; y por eso á las muchachas les damos hojaldre. Y mi papá recibe todos los años, de renta, más de doce sacos de harina, quince arrobas de manteca y dos cajas de azúcar de la Habana... Porque mi papá es indiano, y trae todas las noches mucho dinero á casa, cuando viene de la tertulia, adonde va también el juez, el papá de ésta; y si no comieran tanta inmundicia algunas niñas zanguangas que yo sé, no estarían tan pringosas y tendrían mejor educación.

—Toda mi casta—dijo la más seria y conceptuosa,—viene de reyes; y en mi casa las camas son de oro y las ropas de seda de la India; y si mi papá gana el pleito que le defiende el papá de ésta, ensanchará la huerta en más de otro tanto... y como soy tan fina por principios, cuando me apesta una niña ordinaria, se lo digo; y al sol.

—Pu... pu... pues yo—concluyó la sexta, que era bastante tartamuda,—ta... ta... ta... también...

Oír esto y soltar la carcajada la niña, hasta entonces taciturna y desdeñada, fué una misma cosa.

—¡Y se chancea!—exclamaron admiradas las otras.

—¡Ta... ta... ta!—repetía entre carcajada y carcajada la burlona.

—¡El demonio de la!...

—¡El diantre del!...

—¡Miren si!... ¡Atreverse á burlarse de una niña fina!

—Y sí; y me río. ¿Y qué? «Ta... ta... ta...»

—Ahora mismo voy á decírselo á mi papá,—exclamó la que nos dijo ser hija del juez.

—Y dile de paso que pague los doscientos reales que debe á mi padre,—replicó con desgarro la amenazada.

—¡Ay, qué atrevida!

—Déjate, que yo traeré el perro,—dijo la nerviosa.

—¡Fachenda traerás tú! Y no tendrás tanta cuando le ajusten las cuentas á tu padre en el ayuntamiento.

—¡Ay, qué bribona!

—¡Chismosas!

—¡Pegotona, aceitera!

—¡Hambronas! ¡Tramposas, más que tramposás!

—¡Aldeana! ¡Tarasca!

—¡Golosas! ¡Relambidas!

—¡Ta... ta... ta... tab... taberna!—logró decir la tartamuda, después de un esfuerzo desesperado.





## CAPITULO IV

**B**SQUINA á la plaza y á una de las calles que desembocaban en ella, había una casa más pequeña que cuantas la seguían en la fila. Debajo del balcón del único piso que tenía, y sobre la puerta principal, se leía, en un largo tablero coronado con las armas de España, lo siguiente:

ESTANCO NACIONAL

ESTABLECIMIENTO DE SAN QUINTÍN

LÍQUIDOS Y OTROS COMESTIBLES

Penetrando por aquella puerta, se veía la razón del letrero en un mostrador sobrecargado de cacharros menudos; en una gran aceitera con canilla, y algunas botellas blancas, llenas de aguardiente de otras tantas denominaciones; en una estantería espaciosa, ocupada con paquetes de cigarros y de cajas de cerillas, libri-

010481



tos de fumar, grandes pedazos de bacalao, tortas de pan, madejas de hilo, garbanzos y otros artículos, tan varios en su naturaleza como reducidos en cantidad; en algunas mesas simétricamente colocadas fuera del mostrador; en tal cual barrica ó hinchado pellejo que se vislumbraban entre la obscuridad del fondo... y en otros mil detalles propios de semejantes establecimientos, los cuales conoce el discreto lector tan bien como yo.

Detrás del mostrador estaba sentada, haciendo media, nuestra antigua conocida Juana, la mujer de Simón Cerojo. Como éste, había engordado y echado mejor pellejo, y dado á su vestido cierto corte presuntuoso. Pero, al revés que en su marido, su entrecejo se había ido frunciendo, y todo su semblante agriando, á medida que la suerte fué favoreciéndolos. Porque la suerte los había favorecido. Para convencerse de ello, bastaba echar una mirada á su establecimiento, en una sola de cuyas secciones había más capital empleado que el que representaba toda la antigua abacería... y permítaseme una corta digresión á este propósito.

Merced al estanco que obtuvo Simón sin dificultad, á los ahorros que trajo de la aldea y al crédito, aunque muy limitado, que no tardó en abrírsele en algunos depósitos al por mayor, en el primer año de establecido en la villa du-

plicó su capital. En el segundo se dedicó, por extraordinario, á hacer ligeros préstamos, bien garantidos, á un interés variable, según las personas y las circunstancias: entre una peseta por duro á la semana, si el menesteroso era jugador de afición bien puesta, y treinta por ciento al año, si era *artista* establecido convenientemente. Esta nueva industria le permitió ensanchar un tanto sus negocios principales; con tan buena mano, que al concluir los dos años de su estancia en la villa, se encontró con un capitalito de más de seis mil duros, libre y desempeñado. Entonces se hizo *caldista* de veras; es decir, no se anduvo con parvidades de aceite, vino y aguardiente, sino que surtió de estos artículos su establecimiento, por mayor; lo cual le permitió hacer préstamos más en grande, más á menudo y en condiciones de mayor atractivo.—Resultado de éstas y otras combinaciones: que el día en que nos hallamos con Simón en las Casas consistoriales, y con Juana en su establecimiento, eran dueños de la casa que éste ocupaba, de lo que la tienda contenía, y de un respetable sobrante en continuo movimiento; todo lo cual representaba un valor de muchos miles de duros.

Por este lado, pues, los asuntos de Simón y de Juana habían marchado viento en popa. No así los demás; es decir, aquéllos que se rela-



cionaban íntimamente con la vanidad de Juana, y las no más cortas, aunque más disimuladas aspiraciones de Simón.

Todos los esfuerzos de la primera, todas sus meditaciones, todos sus desvelos y todas sus consultas al espejo antes de darse á luz en los sitios más públicos de la villa, hecha un brazo de mar y cargada de relumbrones, no lograron colocarla en jerarquía más alta que la correspondiente al nombre de *la tabernera*, con el cual se la designó desde el primer día en que se hizo notar por sus humos estrafalarios. Aunque poco avisada, no desconoció que este descalabro la alejaba para siempre, en aquel centro, de la altura á que había querido trepar de un salto. El primer efecto de una presentación, jamás se olvida en la sociedad, máxime cuando ésta es reducida y presuntuosa.

Bien penetrada de esta verdad, Juana la sintió en su alma, como un toro siente en el morrillo el primer par de banderillas; hízose más áspera y brutal que de costumbre, y se prometió arrollar cuanto hallara por delante, creyendo demostrar así, mejor que con dulzura y sencillez, que era tan digna como la más encopetada de ocupar el puesto que no se le concedía.

Con esto consiguió adquirir en la villa cierta celebridad que acabó de exasperarla. Un so-

lo ejemplo dará la medida de la altura á que había llegado la insensatez de Juana. Menudeaban allí los bailes y las *recepciones* entonadas, á maravilla; y, naturalmente, nadie se acordaba de invitar á *la tabernera*. Pues estas *desatenciones* sacaban de quicio á Juana.—Yo bien conozco, decía, que no estoy *todavía* al corriente de esas ceremonias, y me guardaría mucho de concurrir á ellas; pero la voluntad es lo que se agradece. ¿Por qué no se tiene para mí un mal recado de atención, por lo mismo que soy forastera? ¿Se les caería la venera á algunas de esas fachendosas por acordarse de mí, que soy más rica que muchas de ellas? ¡Pues no parece sino que todas son marquesas! ¡Y el marido de la una vende paño de Munilla y sogas de esparto, y el de la otra *pecajuana* y *engüento* de soldado, y me debe á mí hasta la sal con que sazona lo poco que come!... Pues vinos y jabón vende mi marido. ¿Qué más da lo uno que lo otro?

Saturada también de estas máximas su hija, apenas comenzó á concurrir al entonado colegio en que quiso darle educación su madre, hubo que retirarla de él. Era ya la niña medio montuna por naturaleza, y con las predicaciones de Juana llegó á hacerse indomesticable.

En los cuchicheos, en las sonrisas, hasta en los juegos más inocentes de sus compañeras,



veía burlas y desprecios; y en esta creencia, la ponía á todas como ropa de pascua; se pegaba con algunas, y concluía por volver á su casa, todos los días, llorando soñados agravios hasta de sus maestras. De este modo la niña se hizo tan antipática á sus condiscípulas, como su madre á cuantos se la aproximaban. Por eso la retiraron del colegio y la enviaron á la escuela pública, donde, según el parecer de Juana, no la enseñaban tanto, pero se la miraba «con el respeto debido.»

Más de tres años de martirio llevaba la mujer de Simón al encontrarnos con ella de nuevo, no porque se fijase en que en la villa se hacía con ella lo que ella había hecho con los demás en la aldea; ni porque suspirara por volver á recuperar su pequeño trono abandonado; no, en fin, porque le atormentasen la memoria los atinados consejos del anciano señor cura, sino porque deseaba un campo más ancho en qué explayarse; otro mundo más revuelto en qué campar por lo que se era y no por lo que se había sido. Y un día y otro día predicaba á su marido la conveniencia de establecerse *en grande* en la capital de la provincia, donde, según ella, ni los ricos eran vanos ni los pobres envidiosos.

Oíala Simón sin soltar prenda, y aun haciendo como que no la oía; pero la verdad es que

en el fondo de su corazón detestaba de la villa tanto como su mujer.

Simón no podía perdonar á aquella gente el que se le tratase como á persona de poco más ó menos, «en los momentos más críticos para la vida de los pueblos, y, por consiguiente, para la de los ciudadanos,» como él decía en más de un monólogo que no llegó á oír su mujer. Se pagaba muy poco de que no se acordasen de él para invitarle á un baile particular, ó á una tertulia de más ó menos tono; pero que nunca hubiera para su nombre un hueco en las candidaturas de concejales; que no se le agregase jamás á una comisión de respeto que había de representar ciertos intereses del pueblo en el gobierno de la provincia, ó en Madrid, ó ante el municipio mismo de la villa; que no se buscase, ni aun se tolerase de buena gana, su opinión en tal cual corrillo formado en la plaza por personas de importancia, en que no entraba él sino á fuerza de brazo, como quien dice, ó poco menos; que se le tuviera, en fin, por un tabernerillo de tres al cuarto, cosa era que le hacía perder su serenidad habitual, y le ponía á pique de echarlo todo á trece, aunque no lo vendiera, y largarse á otro terreno menos ocasionado á esas «miserias de aldea.» Pero Simón, que no era tan insensato como su mujer, guardaba es-



tos sentimientos en el fondo del pecho, y, entre tanto, iba ocupándose en adquirir alas con qué volar.—Por eso se le veía atender con tanta asiduidad á su taberna y á su estanco... y á sus préstamos garantidos. Odiando tanto como Juana aquella sociedad inaguantable, sólo trataba de redondearse lo preciso para darle un adiós de despedida y caer en medio de otra mejor; pero de tal modo, que no lastimasen en lo más mínimo su importancia de actualidad las reliquias del pasado. Estaba convencido de que, sin una precaución por el estilo, en todas partes serían él y su mujer los taberneros de marras, por grandes que fueran sus caudales. Se ve, pues, que, en el fondo de la cuestión, estaban perfectamente de acuerdo Juana y su marido.

Y dejando esto bien consignado, porque importa, volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.



## CAPITULO V

Así que la niña descalabrada en la alameda notó la presencia del perro entre sus implacables ofensoras, por los ladridos del uno y por los gritos de las otras, contuvo su llanto, y con íntima complacencia, se volvió para presenciar los destrozos que el enfurecido animal parecía estar haciendo en las ropas y pellejo de aquellas mal aconsejadas criaturas. Fuera aquél el perro del alcalde ó dejara de serlo, era lo cierto que á todas las trataba por igual, y que de todas la estaba vengando á ella cumplidamente... Pero ¿no era posible que después de concluir con las seis desventuradas niñas la emprendiese con la séptima, por lo mismo que á nadie conocía ni en remilgos se paraba?

Esta consideración tan cuerda, que asaltó de pronto la mente de la pobre chica, hízola retroceder; y menudeando los pasos cuanto



pudo, y tornando á recordar su herida y á llover, por ende, llegó á la villa y no paró de correr hasta el estanco que conocemos, en el cual entró momentos después que nosotros, y al mismo tiempo que llegaba también, aunque por distinto sendero, Simón Cerojo, demudado el semblante y apretando los puños de ira. Tanta, que ni siquiera reparó en la niña que, por haberse limpiado las lágrimas con las manos después de oprimirse con ellas la cabeza, tenía la cara manchada de sangre. Pero Juana sí; y al punto arrojó la obra en que se ocupaba; saltó por encima del mostrador sobrecogida de espanto, y tomando á la niña en sus brazos,

—¡Hija mía!—gritó.—¿Qué sangre es esa?

Entonces se fijó Simón en la niña; y olvidando por un momento sus disgustos, corrió también hacia ella.

—¿Te has caído?—la preguntó con cariñoso anhelo.—¿Te han pegado? ¿Por qué sangras?... ¡Habla, hija mía, por Dios!...

La niña, después de sollozar un rato, refirió, punto por punto, cuanto la había ocurrido.

—¡Conque la hija del juez, y la del indiano, y la del alcalde—exclamó Simón en seguida, con rencoroso acento,—son las que más te han injuriado, porque tenían á menos jugar contigo!... ¡Las hijas de esos personajes

que me adulan y me soban cuando necesitan un par de duros para comer aquel día, ó media docena de onzas para apuntarlas á una carta, ó pagar una trampa que podría ponerlos en vergüenza... si alguna les queda!... ¡Pero yo les juro que, por poca que ella sea, he de sacársela á la cara... y á algunos más también!

Juana, maldiciendo á su vez de todos y de todo, comenzó á lavar con agua fresca la herida de su hija, que, por cierto, era insignificante.

Y, tranquilo ya sobre este punto, Simón refirió á su mujer cuanto había ocurrido en la junta que acababa de celebrarse en la casa de Ayuntamiento, recargando un poquillo los colores á fin de que resultasen más justificado su enojo, y de más efecto sus *discursos*, que repitió al pie de la letra.

—¿Y qué piensas hacer después de tanto engaño como vas sufriendo, y de tanto disgusto como vamos llevando de estos niquitrefes de levita?—preguntó Juana, que no desperdiciaba ocasión de hablar de su pleito.

—¿Qué pienso hacer?—dijo Simón con su poquito de rescoldo.—Lo que estoy pensando tres años hace, desde que conocí que en esta recua siempre había de tocarme ir á la cola; lo que hubiera hecho entonces á tener el remedio



entre las manos, como le tengo hoy: sacar á más de cuatro fachendosos á la vergüenza pública, y largarme en seguida con la música á otra parte.

Juana vió el cielo abierto.

—¡Lo mismo que yo te he dicho tantas veces!— exclamó, retozándole la alegría en el semblante.—¿Qué necesidad tenemos nosotros de sufrir lo que aquí estamos sufriendo? Con lo que ya conocemos este trato, ¿cuánto no podríamos ganar estableciéndole en la ciudad?

—¡No, Juana, no!... ¡Basta de taberna! Si con ella entráramos en la ciudad, *taberneros* seríamos hasta el fin de los siglos. Y si con ser taberneros, aunque ricos, nos conformáramos, yo no saldría de esta villa, donde he ganado en cuatro años una riqueza, y podría ganarla mayor en poco más. Pero hay una *noble ambición* que manda en tí y en mí con mayor fuerza que los tres ochavos de una buena ganancia; y esa ambición está reñida con las manos manchadas de vino tinto y con las ropas que huelen á anisado. Así, pues, ya que las alas me lo permiten, saldremos de aquí *volando por alto*, para que en la ciudad se vea *cómo caemos*, pero no de *dónde venimos*. Este es el modo; que, según yo llevo observado, desde *nada á bastante* están os ascos y los reparos; desde *bastante* para arriba, ya todos somos iguales, y todo nos está bien..

Nosotros tenemos *lo bastante*: ¿quién será capaz de probar que no tenemos hasta *de sobra*?—No sé lo que diría á esto el cura de mi pueblo; pero llevo corrido ya mucho mundo y tratados muchos hombres, y á mi experiencia me agarro.

Lo que Simón ignoraba con respecto al señor cura, lo sabemos nosotros. Cuando alguno de sus feligreses le decía:

—¿Sabe usted, don Justo, que Simón se va saliendo con *la* suya?... ¿que ya es hombre rico?

—No lo dudo—contestaba el santo varón.— Pero ¿le dan más importancia?... ¿es más feliz que aquí? Este es el problema.

